

## Reseña del libro

# Intelectuales en América Latina, escenarios y debates. Finales del siglo XIX-primer mitad del XX



*de ROGELIO DE LA MORA V.  
Pres Xalapa, México: Universidad Veracruzana*

*Sociedad y Discurso*  
Número 27: 174-178  
Universidad de Aalborg  
www.discurso.aau.dk  
ISSN 1601-1686

**DRA. SUSANA LIBERTI**  
UNAM / Universidad del Valle de México  
subea@prodigy.net.mx

El volumen está conformado por diez trabajos presentados como avance de investigación en congresos internacionales o publicados en revistas especializadas entre 2005 y 2012, testimonio de una constante investigación realizada a partir de fuentes primarias y una nutrida bibliografía. En esta recopilación se identifican dos ejes centrales: el estudio de la presencia de una sólida red de contactos e influencias intelectuales entre Europa (en especial, Francia) y América Latina y entre los países de la región, y, en segundo lugar, del papel de los intelectuales en México.

El periodo inicia en ese fin de siglo lleno de fermento: en el terreno social se manifiesta en la actividad de socialistas y anarquistas, en el terreno científico y técnico, se concreta en la segunda revolución industrial y en el ámbito artístico está presente de muy diversas maneras, por ejemplo, en el impresionismo musical y pictórico y en el ‘descubrimiento’ europeo de otras manifestaciones artísticas, africanas, japonesas, los ballets rusos. En lo político, en Europa es una época de estabilidad que, al mismo tiempo, presencia la lucha por la extensión de la participación en el voto. Las rivalidades imperiales y la búsqueda de la primacía en Europa, no obstante, anuncian el fin de esta época de optimismo y desembocan en la primera guerra mundial.

Es la experiencia de la guerra lo que fortalece la voz del pacifismo europeo encarnada, entre otros, Henri Barbusse, Romain Rolland, Anatole Francia, Unamuno y Blasco Ibáñez. El texto que nos ocupa demuestra la influencia de ese grupo en América Latina, en particular de Barbusse: en 1919 el francés funda el grupo Clarté, y los jóvenes

intelectuales latinoamericanos abrazan esas ideas internacionalistas y pacifistas con pasión. Hay revistas y grupos *Claridad* en varios países (Argentina, Chile, Guatemala, Perú) y en México aparecen publicaciones que adoptan esa misma ideología. El autor describe la cronología y el desarrollo de esta actividad y nombra a sus principales actores, que superan las fronteras vinculándose entre sí por amistad, entrevistas, reuniones, congresos, mutuo ofrecimiento de páginas para publicar; esta descripción incluye, naturalmente, nombres continentalmente familiares y que tuvieron una activa participación también en años posteriores tanto en la política cuanto en la cultura, como José Vasconcelos, José Ingenieros, Víctor Raúl Haya de la Torre, Miguel Ángel Asturias o Carlos Mérida, cuyos nombres se repiten a lo largo de la mayoría de los capítulos, lo que permite ver a los mismos actores en diferentes escenarios y desde diversas perspectivas. Es particularmente interesante la participación de estos intelectuales en el movimiento de las universidades populares: vistas como una respuesta a la búsqueda de justicia social, para que la clase obrera no solo adquiera conocimientos sino para que también tome conciencia del papel social que puede y debe desempeñar, surgen inicialmente en Francia, a fines del siglo XIX, y el autor nos describe su expansión en Italia, en Estados Unidos, en Austria, para concentrarse después en su creación en nuestro continente. La idea de que la universidad ha de servir al pueblo y extenderse fuera de sus aulas es un componente de la Reforma de Córdoba de 1918: la unión de obreros e intelectuales se consagró, precisamente, en las universidades populares cuya aparición se documenta en Argentina, Chile, Costa Rica, Cuba, Guatemala, México, Perú y Uruguay.

A través de los distintos temas de los capítulos, se documenta y se nos transmite el sentimiento de cooperación y hermandad entre estos intelectuales que se contagian ideas, las intercambian, van de un país a otro: el cuadro que presenta es de una real cooperación intelectual latinoamericana y de ideales concordantes, aunque los caminos políticos de los actores no siempre coincidieran.

Esta actividad se da en un marco político donde predomina el autoritarismo, y de la Mora pasa revista a los distintos matices que definen las diferentes formas de gobierno personalista: caudillos, caciques, dictadores y hasta tiranos, siempre hay un individuo que se arroga el derecho de ejercer el poder sin limitaciones, y también revisa las distintas reflexiones que este fenómeno político latinoamericano ha suscitado, ya sea que se lo considere como resultado de la barbarie (opuesta a la civilización, según Sarmiento) o como oposición al dominio de los letrados (Martí) o bien como un medio de contener la disolución

social posterior a la guerra de independencia. Aquí puede acotarse que, al disolverse el Estado español, las poblaciones carecían de una lealtad *nacional*, carencia debida a la existencia de caciques locales, a la dispersión de la población, a la dificultad en las comunicaciones y a la falta de una burguesía con educación política que fuera reconocible y reconocida en todo un país; la independencia, en fin, no significó una revolución social, y simplemente la clase privilegiada criolla reemplazó a la peninsular. En México, el autoritarismo porfiriano modernizó al país en ciertos sentidos, introduciendo el positivismo, el europeísmo y la industrialización, pero su perpetuación en el poder generó oposición y crítica: en vísperas de la revolución de 1910 se funda el Ateneo de la Juventud, y después del asesinato de Madero, la oposición se manifestará contra el caudillismo. Cuando comienza el ordenamiento del país, Obregón y Calles tratarán de concretar un proyecto nacional por medio de la educación, en la que otro de los intelectuales señeros –José Vasconcelos– jugará un papel destacadísimo.

El segundo eje de ideas gira en torno a México, y el texto nos traslada al estado de Veracruz, específicamente, a Xalapa: en esta ciudad se manifiesta, entre 1921 y 1926, la rebelión contra el *establishment* artístico conocida como estridentismo. El grupo estridentista que actuó en Xalapa no solamente lo hizo en el terreno intelectual sino que también se integró al gobierno, colaborando con el gobernador, quien estaba consciente de las inquietudes sociales y vínculos comunistas de los miembros del grupo (Arquiles Vela, List Arzubide, Maples Arce). Hubo una continuidad en las actividades de estos jóvenes en los años siguientes, en el grupo Noviembre y luego en el llamado Simiento, y es notable que el gobernador Tejeda (1928-1932), aun después de haber dejado el cargo, se esforzara en intervenir en favor de algunos de estos artistas activistas cuando, ya en los años '30, el ambiente político se tornara abiertamente anticomunista y dejara de serles propicio. Fuera del ámbito intelectual, siempre en el estado de Veracruz, hay una figura notable, la del anarquista Herón Proal, testigo y participante en la creación de organizaciones obreras en el estado de Veracruz y militante del Partido Obrero del estado; en los años '20 anarquistas y socialistas mantenían una intensa actividad cultural y sindical, y a partir de 1922 Proal va a encabezar un movimiento popular, el movimiento inquilinario en el puerto de Veracruz, que nació a raíz de los abusos de los arrendatarios, facilitados por la falta de vivienda creada por la inmigración desde las zonas rurales. Como en otros casos, el enfrentamiento de las diferentes corrientes de pensamiento –anarquista y comunista– debilitó al movimiento del Sindicato Revolucionario de Inquilinos y facilitó la represión. A iniciativa de Proal y con fondos del Sindicato se fundó, en

1923, la Liga de Comunidades Agrarias del Estado de Veracruz, y vale la pena señalar que la Liga buscó la aplicación de las leyes agrarias que debían terminar con los latifundios, y, ante la resistencia de los terratenientes y los ataques de las guardias blancas de éstos, el movimiento se radicalizó. El estado de Veracruz mostraba en esa época una militancia popular que iba más allá de las actividades intelectuales.

Incluido en este análisis de la situación de México en el primer tercio del siglo XX está la descripción de las agresiones propagandísticas de Estados Unidos –aunque, recordemos, también hubo agresiones militares, justificadas desde el punto de vista del presidente Wilson por el hecho de que los gobiernos revolucionarios no se apegaban al derecho (en consecuencia, Wilson decidió la intervención en Veracruz en 1914 y la incursión del general Pershing para castigar el ataque de Villa contra Columbus, en 1916). La agresión propagandística utilizó un medio novedoso, el cine, para repetir los viejos prejuicios estadounidenses que muestran a los mexicanos como bandidos, salvajes e inferiores –una opinión que abarcaba a todos los latinoamericanos, por cierto. Las escenas ofensivas de estas películas se censuraron en México, pero se difundían por Latinoamérica: aquí se estudian los casos de Argentina y Brasil, donde los agentes diplomáticos mexicanos solicitaron la censura de las escenas denigrantes, solicitud a la que los gobiernos accedieron, reflejando en parte la opinión pública, antiimperialista. En esos años, o sea en la década de los '20, México inicia lo que podría calificarse de contraofensiva diplomática, enviando a agentes de la talla de Amado Nervo, Isidro Fabela, Vasconcelos, Alfonso de Rosenzweig Díaz, Carlos Pellicer, Julio Torri y, poco después, a Alfonso Reyes, que llega en 1930 a Río de Janeiro.

El laicismo y anticlericalismo de los gobiernos posrevolucionarios, y más tarde, el estallido de la cristiada (1926-1929), suscitaron reacciones críticas violentas en la prensa brasileña y aun en el personal diplomático brasileño destacado en México. Aquí se aprecia la influencia que puede tener la ideología de un embajador en la imagen que transmite del país donde está destinado, pues el texto nos muestra la visión distorsionada de un México al que Régis de Oliveira y otros diplomáticos brasileños después de él describieron como bolchevique, desordenado, extremista y jacobino. Por su parte, la presencia de Alfonso Reyes en Brasil fue de primordial importancia para proyectar una imagen positiva del país en el cono sur, y con la fundación de la editorial Fondo de Cultura Económica (1934) se inicia en México la traducción y difusión de obras de autores brasileños y de obras históricas y literarias fundamentales para la vida intelectual del continente.

En suma, la obra nos ofrece una visión del fermento intelectual que recorrió al continente y que abarcó prácticamente a todos sus países y a sus jóvenes generaciones, que convergieron en ideales de pacifismo y de justicia social, para después indagar más detenidamente los acontecimientos que se desarrollaron en México y que tuvieron como actores a los jóvenes intelectuales críticos y militantes, para terminar con una mirada de la imagen mexicana proyectada en el continente. Resulta de sumo interés para iluminar un periodo de intensa comunicación entre los países latinoamericano y entre distintos sectores de la sociedad, que buscaban conjuntamente una sociedad más justa, más generosa y más humana.